

JIM MORRISON

EL POETA DESCONOCIDO

Marina Casado

La historia del rock está plagada de estrellas fugaces que murieron jóvenes y dejaron una brillante estela que todavía hoy pervive. Es el caso de Jim Morrison (1943-1971), mítico vocalista del grupo norteamericano *The Doors* que, tras una vida de fama y excesos condensada en pocos años, falleció en extrañas circunstancias a los veintisiete, creando una auténtica leyenda en torno a su figura.

Pero el líder de *The Doors* era algo más que aquel rockero alocado que se arrojaba sobre el escenario e iniciaba extrañas danzas rituales, más que aquel icono sexual que recordamos posando en la famosa serie fotográfica de Joel Brodsky, con el torso desnudo y un collar de cuentas que le otorgaba un cierto aire hippie o salvaje. Lo que el gran público desconoce es que, tras su faceta más célebre, se escondía un poeta incomprendido que entrevemos en la profundidad de las letras que escribía para su banda.

Desde su adolescencia, fue un lector precoz, admirador de la Generación Beat –formada por autores como Jack Kerouac, William Burroughs y Allen Ginsberg–. Empezó a escribir poesía muy joven y lo hizo más en serio durante su etapa universitaria, aunque de ese tiempo se conservan pocos documentos, porque en el verano de 1965 decidió quemar casi todos sus cuadernos. Cuando en julio de ese mismo año se produjo el reencuentro en la playa de Venice con un compañero de la facultad, Ray Manzarek, que estaba empeñado en formar un grupo de rock, Jim vislumbró la posibilidad de crear un espectáculo integrador de varias facetas del arte, de poner sus poemas al servicio de la música. Así nacieron *The Doors*, bautizados por

Jim a partir del título de un ensayo de Aldous Huxley publicado en 1954, *Las puertas de la percepción*, que a su vez estaba basado en una cita del poeta romántico William Blake: “Si las puertas de la percepción se purificaran, al hombre todo le parecería tal cual es: infinito”. A Jim Morrison y Ray Manzarek pronto se unirían el resto de integrantes: John Densmore y Robby Krieger.

Aunque la fama y el éxito lo devoraron, el líder de la banda siempre consideró que su auténtica vocación no era la de estrella de rock, sino la de poeta. Junto a los álbumes de *The Doors*, hoy encontramos un legado mucho menos conocido: varias obras poéticas, algunas publicadas en vida –*Los Señores: notas sobre la visión* y *Las nuevas criaturas* (1969), *Una oración americana* (1970)– y otras póstumas –*Desierto* (1988) y *La noche americana* (1990)–. Se trata de una pequeña parte de toda la poesía que escribió en vida y firmó con su nombre completo: James Douglas Morrison.

Un discípulo tardío de Arthur Rimbaud

Jim Morrison fue, en gran parte, heredero de la rebeldía marginal de los poetas simbolistas franceses. Entre ellos, la figura de Arthur Rimbaud (1854-1891) se erige como su gran referente, por su modo de enfocar la existencia, de supeditarla al arte, de desangrarse en su poética y vivir por y para ella, aunque esta elección le supusiera adentrarse conscientemente por un sendero autodestructivo y trágico. Rimbaud, apodado “*L’Enfant Terrible*”, escribió la totalidad de su fascinante y precoz obra poética antes de cumplir los diecinueve años, edad a la que abandonó la escritura, demostrando que su

inspiración era más instintiva que formal. Para él, la poesía no constituía un entretenimiento estético o una vía de escape, sino aquello a lo que debía dedicar su esfuerzo vital. Es célebre su manifiesto poético, contenido en una carta dirigida a un amigo, fechada en el año 1871:

“El primer estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, íntegro. Busca su alma, la inspecciona, la tantea, la aprende. Tan pronto como la conoce, tiene que cultivarla [...]. Pero se trata de hacer el alma monstruosa.

El poeta se hace vidente mediante un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos. Todas las formas del amor, del sufrimiento, de la locura; busca por sí mismo, agota todos los venenos, para guardar solo las quintaesencias [...]. Llega a lo desconocido y, cuando, estupefacto, acabaría por perder la inteligencia de sus visiones, ¡las ha visto! Que reviente en su salto por las cosas innombrables, inauditas; vendrán otros trabajadores horribles: empezarán en los horizontes en los que él se ha derrumbado.”

Esa misma fascinación por experimentar en la medida de lo posible constituyó la filosofía vital de Jim Morrison. Este cabalgó hacia su propia autodestrucción guiado por la luz de las palabras de Rimbaud y, especialmente, por su mencionado manifiesto, cuyos preceptos aprendió e hizo suyos. Una de las anotaciones contenidas en *Los Señores* reza:

“En mayor o menor medida, todos poseemos la psicología del voyeur. No en un sentido

estrictamente clínico o criminal, sino en nuestra actitud física y emocional ante el mundo. Cada vez que tratamos de romper este hechizo de pasividad, nuestras acciones se vuelven crueles y torpes y, por lo general, obscenas, igual que un inválido que ha olvidado cómo caminar.”

Estas palabras, herederas de los preceptos de Rimbaud, podrían constituir una justificación de la trayectoria vital del legendario líder de *The Doors*. Jim Morrison fue un luchador en constante batalla consigo mismo para evitar convertirse en aquello que más temía: un espectador de su propia vida. Tal como escribió en *Los Señores*, su desasosegada huida de la contemplación existencial lo condujo, en muchas ocasiones, a la obscenidad, a la torpeza y, finalmente, a su autodestrucción. En una entrevista, declaró: “Me considero un ser humano inteligente y sensible con un alma de payaso que me obliga a estropearlo todo en los momentos menos indicados”.

El origen de *Los Señores* se encuentra en una serie de anotaciones centradas en su visión del cine que nacieron durante su etapa de estudiante universitario de Cine de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA). Se aprecia en ellas la influencia de las Iluminaciones de Rimbaud, una colección de prosas poéticas marcadas por un cierto “presurrealismo” debido a sus imágenes oníricas y alucinatorias.

Como afirma Julio Alberto Valtierra en un artículo para *Agora127* sobre la poesía de Morrison, este hubiera encajado mejor en las décadas de 1920 o 1930. Fue, en gran medida, un poeta maldito nacido tardíamente. En las



letras de muchas canciones de *The Doors* también se refleja la huella rimbaudiana: en “Wild Child” –“Niño salvaje”–, retrata de forma lírica al poeta, y “Universal Mind” alude al concepto de la “Mente Universal” de Rimbaud, quien a su vez lo extrajo del filósofo presocrático Anaxágoras. Podría analizarse, incluso, el paralelismo biográfico entre ambos: su precocidad intelectual y artística, su rebeldía, incluso sus muertes, acaecidas a una temprana edad –Rimbaud falleció en 1891, a los treinta y siete, después de pasar la última etapa de su vida como comerciante de esclavos y traficante de armas en la actual Etiopía.

El legado poético

“Estoy inconmensurablemente preocupado por tus ojos”, escribió en “Mosaico”, una sección de la obra póstuma *Desierto* compuesta por poemas, anotaciones y prosas poéticas dedicadas a su eterna y dominante novia, Pamela Courson. Pamela fue quien lo convenció para que, en marzo de 1971, abandonara *The Doors* y se mudara con ella a París, donde Jim quiso vivir como un poeta maldito. Sin embargo, un fuerte bloqueo creativo y su lamentable estado físico, consecuencia de los excesos, lo condujeron a una muerte prematura en julio de ese mismo año, una muerte que, a pesar de atribuirse a una parada cardíaca, permanece envuelta en el misterio.

Pamela reunió todos sus escritos en un maletín –bautizado como “127 Fascination”– que, tras su muerte –acaecida tres años más tarde de la de Jim, en 1974, cuando ella contaba veintisiete–, pasó a manos de su familia. Ellos fueron quienes ordenaron los textos y publi-

caron las obras póstumas de James Douglas Morrison.

Años antes, este había declarado en una entrevista: “Si mi poesía trata de lograr algo, es liberar a las personas de las formas limitadas en que ven y sienten”. Descubrimos que sus poemas son confusos, laberínticos, desconcertantes, incluso el ritmo de los versos así lo refleja. El lector percibe de repente las sombras de su alma, el fulgurante y extasiado verano, esa estación que parece conmover al poeta o detenerlo. Al poeta o a la ciudad, la desasosegada Los Ángeles, portadora de esos amores fríos y calientes, sangrientos y perezosos, efímeros y eternos dentro de unos versos. Musas de una noche y pasiones oscuras, intuitas en una suerte de dimensión inalcanzable.

Jim aseguraba llevar en su interior el espíritu de un viejo indio americano que vio morir siendo niño por detrás de la ventanilla de su coche, derramando su sangre sobre el asfalto ardiente. La fuerza de aquel espíritu lo abandonaría un 3 de julio de 1971, arrastrando su decadencia por un París que ya había contemplado la de Verlaine o Baudelaire. Pero, al abrir hoy uno de sus poemarios, resucita su sonrisa oscura verso a verso, mientras Jim, desafiante, ofrece al lector el secreto del tiempo, o de la poesía, o tal vez el de ambos...

“¿Qué es la conexión? / -Cuando dos movimientos, que se creían / infinitos y mutuamente / exclusivos, se encuentran en un / momento. / -¿Del Tiempo? / -Sí. / -El tiempo no existe. / No hay tiempo. / -El tiempo es una plantación recta.”

(Jim Morrison, *Mosaico*)